

vamente lo son, pero de las cuales uno —por su edad, por su formación, por su modo de ser— ya no es capaz de adueñarse (...); animoso empleo de las fuerzas restantes en la ejecución, a la altura del tiempo en que se existe, de algo que en la juventud se quiso hacer y no se hizo». Es lástima que no exista —yo al menos no la conozco— una tabla semejante para las otras edades. Aunque tal vez no es eso lo que propiamente quiero decir; tal vez lo que me llama la atención, por ser probablemente un signo de los tiempos, es el hecho de que la vejez tenga que justificarse. «Envejecer: ¿te lo puedes permitir?». Así rezaba —o blasfemaba— hace poco un anuncio de cosméticos impudicamente exhibido en las marquesinas de los autobuses de Madrid. Afortunadamente, el lector de esta autobiografía intelectual de Laín descubre pronto que no es un propósito exculpatorio el que le mueve, sino el rigor ético que se observa en toda su obra, incluso en la parte de aquélla nacida en los duros años de la posguerra. Y, junto a este rigor, la resuelta voluntad de vivir hacia el futuro, y no con el rostro y el ánimo mirando hacia el pasado. De sus mandamientos para el anciano, el cuarto parece tener absoluta prioridad. Y, del mismo modo que enunció unos preceptos, para dar razón de esta preferencia plantea los siguientes argumentos. Es el primero su irreductible deseo de seguir, como antes dije, en activo: «El recuerdo —enseñó Ortega— es la carrerilla que el hombre toma para dar un brinco enérgico sobre el futuro. El recuerdo de lo que uno hizo y, por tanto, la revisión aquiescente o denegatoria de eso que uno hizo, es condición necesaria para que la ineludible osadía de lanzarse hacia el futuro no sea un salto en el vacío». Con esa convicción abordó Laín la revisión de su obra de investigación a las puertas de un proyecto que exigiría de él una exigente puesta al día, cual es la elaboración de una teoría actual sobre el cuerpo humano, empeño realizado en 1989 y que abriría la puerta a un proyecto aún más exigente, en el que ahora trabaja: el análisis del actual concepto de estructura y su aplicación a la complejísima realidad del hombre.

El segundo de sus argumentos es de otra índole: «Quien por una razón o por otra no se revisa a sí mismo, no somete a juicio el recuerdo de sí mismo, no pierde, desde luego, su libertad, pero no puede ejercitarla con soltura (...). La leal revisión de nuestros actos nos hace ganar libertad». Pero no es esto, con ser mucho, lo único

que gana quien asume el mandato, venido del propio interior, de recordar revisando; pues al llegar a ser «íntimamente libre e históricamente actual», el intelectual que de este modo procede puede eludir el triste riesgo de ser «socialmente inútil». En virtud de esta triple consideración es ejemplar, a mi entender, el designio laíniano de proceder a esta revisión. Pero el interés del libro no se circunscribe tan sólo a su pórtico. Abandonando por un momento lo que en su contenido rememorativo pueda haber de ejemplar, limitándonos a consideraciones de carácter que podríamos llamar «informativo», el libro de Laín ofrece una valiosa información a aquellos que, interesados actual o potencialmente por su obra, no han tenido ocasión —generalmente por razones de edad— de acceder a ella, estando agotadas las ediciones de algunos de sus textos. La noticia de la existencia de estas obras, así como la resumida exposición de sus contenidos a que el propio autor procede, pueden al menos orientar hacia las bibliotecas a quienes se sientan interesados por los temas a que van dedicadas. *Hacia la recta final* ofrece pues, en primer lugar, la posibilidad de conocer la existencia y el contenido temático de los libros que han ido jalonando la existencia de Pedro Laín, pero, además, en algunos casos, ofrece la posibilidad de contemplar el nada habitual espectáculo, espectáculo que sólo respeto merece, de un pensador enfrentándose con su pasado intelectual, con su obra. Pues, aunque hay capítulos en los cuales la revisión apenas pasa de ser exposición descriptiva, testimoniando con ello el presente acuerdo de su autor consigo mismo a lo largo de los años, en otros la crítica se ejerce de forma expresa. Así, en los dedicados a *Medicina e Historia*, *La obra de Freud*, las obras dedicadas a la reflexión sobre la cultura española publicadas entre 1943 y 1946 —*Menéndez Pelayo*, *La generación del Noventa y Ocho*—, sus cuatro *Clásicos de la medicina* —*Bichat*, *Bernard*, *Harvey*, *Laennec*—, *La historia clínica*, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, *Teoría y realidad del otro*, *La relación médico-enfermo* y *Antropología médica*. Todos estos capítulos incluyen un último epígrafe: «revisión» —en el caso de *La Antropología*, «lo que quise hacer»—, que responde a la declarada intención de su autor de no limitarse a la autocomplaciente contemplación de lo ya hecho. Pero es que el libro entero se cierra con una especie de revisión general, tanto retrospectiva como prospectiva, de

acuerdo con la cita de Ortega esgrimida al comienzo por Laín. Y esa revisión —agradecida y generosa— tiene por objeto la influencia ejercida sobre el autor por aquellos a quienes, con título significativo, denomina «Maestros», así como la que el propio Pedro Laín —incitación lo llamaría él— ha hecho sentir sobre aquellos a quienes, gallarda y —lo diré de nuevo— generosamente, presenta como parte de su futuro: del «futuro de un viejo español en activo». Un futuro del que, como ya quedó explícitamente formulado en las primeras páginas, forma parte importantísima su irreductible empeño investigador.

Igualmente abierto queda el riguroso *Retrato* ejecutado con maestría por Agustín Albarracín. En él puede encontrar el lector mucho de lo que el hombre Pedro Laín ha ido siendo a lo largo de su vida, buena parte de la cual ha discurrido, en el campo profesional y no sólo en él, junto al ocasional biógrafo. Retrato que muestra la imagen perceptible, comprensible incluso en gran medida, del así retratado; pero que no ignora que «corresponde al misterio» la faena de retratar al auténtico y pleno Pedro Laín. La honestidad y respeto que destila esta frase ponen de manifiesto hasta qué punto se encuentra el lector en buenas manos en su afán de conocer mejor a un hombre que no nos es presentado desde una perspectiva hagiográfica, sino como el titular de una vida meritoria y limitada; como la de todos, aunque en la de Pedro Laín el mérito prevalezca sobre la limitación. Una vida en la que —en palabras de Albarracín— «se mezclan la laboriosidad ininterrumpida, la cordiali-

dad invariable, el culto a las relaciones interpersonales, la incapacidad de pronunciar un «no» cuando algo se le pide, el amor a España, con la desidia epistolar, con la desordenada acumulación de libros y de papeles, con su imposible capacidad de simultanear actividades intelectuales dispares».

Para los amigos de la imagen gráfica, el libro de Albarracín añade a lo ya dicho el interés de contar con una enorme cantidad de fotografías de calidad, y, en general, cuidadosamente seleccionadas. Retratos que poco o nada serían sin el retrato de palabras realizado por el amigo, discípulo y compañero. También *Hacia la recta final* presenta un magnífico aspecto, muy de agradecer; en todo caso, se trata —a mi entender— del envoltorio que exigía un regalo intelectual como el que ambas obras, juntas o por separado, constituyen para cualquier lector ambicioso de comprender la presente historia intelectual de España. Ambos libros nos enseñan, principalmente, cómo se vive al servicio del saber, de la búsqueda de la claridad y de la verdad misma; cómo se llega a ser lo que se es, cuando eso que se es es algo tan serio y tan humilde a la vez como lo que expresa la fórmula «un español en activo»; un español que, como los destinatarios de la dedicatoria de su último libro sobre el cuerpo humano, «trabaja y trabaja, a pesar de todo».

Luis Montiel



Felisberto Hernández: despistando al lector o la celebración de la textualidad

Marco de lectura

La experiencia de lectura de la textualidad felisbertiana se enmarca en las escrituras marginales. El texto «La casa de Irene» pertenece al *Libro sin tapas* de 1929. Su escritura es sumamente novedosa, si se tiene como referente que en el momento de recepción de la obra predomina la estética naturalista.

El recorrido de la lectura está en la diada lector-texto. «Despistando al lector» en el sentido de caracterizar la participación del lector. ¿Cómo el texto apela al lector? «Celebración de la textualidad», puesto que el eje de la escritura felisbertiana es la escenificación del acto de escribir, su metáfora y transgresión.

En una especie de ejercicio de lectura he dispuesto dos correlatos: en primer lugar leeré «La casa de Ire-

ne», con la conceptualización de lo fantástico de Todorov, específicamente en lo que señala respecto a la participación del lector, pero realizado de modo práctico en el texto de análisis reconstruyendo la descodificación del lector. Se podría considerar también una paráfrasis del «lector modelo» de Eco, de cómo cada texto supone un tipo de lector.

En una segunda lectura, anticipando un prejuicio, la textualidad felisbertiana tiene como característica la transgresión. Por ello en este párrafo he recurrido a Ana María Barrenechea, que realiza una lectura crítica de lo fantástico, resituándolo en textos contemporáneos más complejos. A su vez la situación del lector cambia, por un papel más protagónico, como reconstructor de zonas oscuras, espacios huecos, que deja el texto como señas. El efecto de esta lectura es que el lector se hace cómplice de la textualidad (al modo de lectura de Wolfgang Iser).

Primera lectura

Referentes teóricos

La puerta de entrada que utilizaremos para adentrarnos en «La casa de Irene» será caracterizarlo como un texto de «enunciado performativo», como lo define Segre: «Se llama enunciado performativo un enunciado que impone (o propone) un cierto comportamiento (de interpretación en nuestro caso)»¹.

Ello supone más bien que entraremos con un prejuicio de lectura, el cual está condicionado por la información que tenemos de la obra de Felisberto Hernández, la cual se considera colindante con el género de la Literatura Fantástica.

De tal modo que como lectores, debemos recurrir a actualizar nuestra «enciclopedia», desde este marco de referencia para la lectura.

También es importante tener presente, acotar, que en la conceptualización de lo fantástico realizada por Todorov². Se sistematiza la participación del lector, con to-

¹ Segre, Cesare. Principios de análisis del texto. Editorial Crítica, Barcelona, 1985, pág. 47.

² Todorov, Tzvetan, Introducción a la literatura fantástica. Siglo Editores, México, 1976.